
Las primeras experiencias de la SEP en el norte de Jalisco, 1922-1926

Diana Monserrat Ortiz Torres
Universidad de Guadalajara

Introducción

En el México posrevolucionario, la educación rural fue concebida como un eje para la construcción del nuevo Estado. Más que un simple esfuerzo de alfabetización, se emprendió un proyecto orientado a transformar la vida y trabajo en el campo, promover nuevas prácticas culturales e incorporar a la población rural a la identidad nacional.

Bajo esa lógica, el gobierno federal, por medio de la Secretaría de Educación Pública (SEP), comenzó a establecer en el país escuelas rurales que inicialmente fueron conocidas como “Casas del Pueblo”. Estos espacios de enseñanza tenían la premisa de ser instituciones abiertas a toda la comunidad, puesto que no sólo se enfocaban en instruir a la población infantil, sino también a los adultos.

Además de enseñar lectura, escritura y aritmética, las escuelas transmitían conocimientos útiles para la vida diaria. Sus aulas fungían como espacio para la discusión de las problemáticas locales y el diseño de proyectos comunitarios. A través de ellas se impartían nociones de agricultura, higiene, economía doméstica, cría de ganado y actividades industriales. Asimismo, su labor era suscitar mejores condiciones de vivienda, alimentación, salud y recreación, así como suprimir

1. Enrique Corona Morfin. *Al servicio de la escuela popular*. México: SEP, 1963, pp. 27-47.

2. Giovanni Levi. "Sobre microhistoria". Peter Burke (ed.). *Formas de hacer historia*. Madrid: Alianza Editorial, 1993, pp. 119-143.

3. Eduardo Camacho Mercado. *Reforma eclesial y catolicismo en Totatiche y el cañón de Bolaños (1876-1926)*. Guadalajara: CIESAS, 2012, pp. 136-140.

el hábito del alcoholismo y lo que las autoridades llamaban "pereza" y "fanatismo religioso".¹

En Jalisco las primeras escuelas federales se crearon en 1922. Este escrito tiene como objetivo analizar cómo se implementó la política educativa federal en la región norte de esta entidad. El estudio abarca desde 1922, fecha en que llegó el primer misionero a esa región, hasta 1926, meses antes de que la Guerra Cristera interrumpiera las labores escolares.

Para analizar el proceso de recepción de las escuelas federales se adopta un enfoque microhistórico.² Esta perspectiva permite observar cómo se desarrolla la política educativa en el ámbito local y cómo los distintos actores participan en su configuración. Desde esta escala es posible recuperar el papel de alumnos, padres de familia, vecinos, autoridades locales y otros miembros de la comunidad en la construcción cotidiana de la escuela.

En la documentación de este proceso se utilizan principalmente los expedientes de las escuelas rurales federales, testimonios resguardados en el Archivo General de la Nación. Estos documentos ayudan a reconstruir tanto las disposiciones oficiales como las dinámicas locales que acompañaron la instalación de las escuelas.

El contexto regional del norte de Jalisco

En los albores del siglo xx, pocas rutas conectaban al norte de Jalisco con el resto del estado. En 1910 comunicarse con Guadalajara, Zacatecas o Aguascalientes implicaba para los habitantes de estas tierras emprender viajes de hasta tres días por caminos de herradura muy deteriorados.³ Este relativo aislamiento no solo limitaba el intercambio comercial y el contacto con otras regiones, sino también el acceso a nuevas ideas, favoreciendo así la preservación de usos y costumbres. Los ranchos

eran los espacios donde se organizaba el trabajo y la vida cotidiana. En estas pequeñas extensiones de tierra se practicaba la agricultura y la ganadería; sin embargo, ambas actividades se veían limitadas por el suelo árido que caracterizaba la zona. En 1922, María Antonia Macías, maestra de Colotlán, relató que las labores agrícolas eran tan pobres que apenas permitían la subsistencia, que la ganadería era escasa y la industria local se reducía a formas antiguas y de pequeña escala.⁴

La misma profesora brindó una imagen del estado que mantenía la educación en el norte de Jalisco. Según sus estimaciones, de 70 mil habitantes que tenía la región, el 90% no sabía leer ni escribir. Asimismo, aseguró que la mayoría de las escuelas estaba fuera de servicio,⁵ lo que probablemente era resultado de la reciente Revolución.

En estas condiciones conviene preguntar ¿Qué experiencias educativas se habían desarrollado en esta región antes del arribo de las propuestas educativas de la SEP?

Los antecedentes educativos en la región Norte de Jalisco

A finales del siglo XIX algunas iniciativas del gobierno estatal permitieron la creación de escuelas públicas en el norte de Jalisco. En 1904, el gobierno estatal sostenía 33 escuelas que estaban distribuidas entre los diez municipios de la región norte.⁶ Sin embargo, la educación se veía afectada con frecuencia por la escasez de recursos y materiales educativos, el mal estado de los locales escolares, el retraso en los pagos, la falta de maestros y la mínima preparación de los que ya estaban frente a grupo.⁷

No obstante, las escuelas públicas no eran la única vía para la educación de la niñez. A partir de 1867, cuando los liberales establecieron que la educación impartida por el Estado sería laica,⁸ la Iglesia comenzó a diseñar iniciativas que

4. Archivo General de la Nación (en adelante AGN), Archivo Histórico de la SEP (en adelante AHSEP), fondo Departamento de Educación y Cultura Indígena, serie Nombramientos, caja 4, exp. 64, f. 1.

5. *Idem*.

6. Manuel Alatorre. *Memoria general de la educación pública primaria en Jalisco y su legislación escolar de 1810 a 1910*. Guadalajara: Tip de la Escuela de Artes y Oficios del Estado, 1910, p. 225.

7. Archivo Histórico de Jalisco (en adelante AHJ), Instrucción Pública, IP-4-1890-1891, caja 3, inv. 1931, ff. 197-199.

8. Josefina Zoraida Vázquez. "La República Restaurada y la educación: un intento de victoria definitiva". *Historia Mexicana*, vol. 17, núm. 2 (66), octubre 1967, pp. 200-211.

9. Fabiola Salas Benítez. “Escuelas parroquiales de Guadalajara: 1874-1898. Un proyecto para preservar la fe”. Guadalajara: ISIDM, 2018 (Tesis de maestría).

10. AHJ, Instrucción Pública, IP-4-1894-1895, caja 4, inv. 1947, f. 44.

11. AGN, AHSEP, fondo Departamento de Educación y Cultura Indígena, serie Nombramientos, caja 4, exp. 27, ff. 14, 24.

permitieran seguir formando a la infancia bajo los preceptos del catolicismo.

En Jalisco, se crearon escuelas parroquiales⁹ y espacios de enseñanza sostenidos por particulares, en ambos casos el objetivo era ofrecer un programa educativo que incluyera contenidos religiosos. En el norte del estado, estas opciones de enseñanza fueron bien recibidas. En 1894, la región contaba con tres escuelas particulares y 36 sostenidas por el clero.¹⁰

En el norte jalisciense, la Iglesia no sólo tenía una fuerte influencia en el ámbito educativo, sino también en todo lo que acontecía fuera del templo. Las autoridades religiosas intervenían en la vida cotidiana, en las costumbres, en la vestimenta y en las actividades que se practicaban en el tiempo libre. Además, dedicaban especial cuidado a vigilar el ingreso y circulación de ideas “no aptas”, como las relacionadas con el protestantismo, el socialismo y el agrarismo. La influencia y poder que tenía esta institución sobre sus fieles incidió años más tarde en los intentos por establecer escuelas federales.

Estos antecedentes sirven para comprender el contexto al que arribaron los representantes de la SEP en la década de 1920. Como se verá en los siguientes apartados, las tradiciones, creencias, dinámicas de trabajo y expectativas sobre la enseñanza incidieron en la manera en que los habitantes del norte recibieron a las escuelas federales y en la forma en que convivieron con ellas.

Las primeras experiencias de la SEP

El 19 de junio de 1922, Diego Hernández Topete arribó al norte de Jalisco con el nombramiento de profesor misionero. Según los ordenamientos que recibió de la SEP, su tarea era “desanalfabetizar” a los indígenas que habitaban en esas tierras.¹¹

A su llegada, el misionero se abocó a la tarea de conocer la región, localizar espacios para la instalación de escuelas, y acercarse con las

autoridades locales y vecinos para hacerles saber sobre los objetivos de las nuevas escuelas y los beneficios de colaborar con ellas.¹²

Luego de recorrer la región, Diego Hernández informó a las autoridades escolares del centro de México que el norte de Jalisco era una zona sumamente descuidada en términos educativos, lo que atribuía al poco esfuerzo del gobierno estatal, pero también al “desinterés” de los campesinos.¹³

Una de sus primeras propuestas fue la creación de una escuela para adultos en la cabecera municipal de Colotlán, pero su solicitud fue rechazada por el Departamento de Educación y Cultura Indígena, quien le señaló que las necesidades educativas de las ciudades eran responsabilidad del municipio y del gobierno estatal. Ante las indicaciones de la SEP, el misionero se trasladó al municipio de Totatiche, también en el norte de Jalisco.

En ese municipio se dirigió a la localidad de Temastlán, donde propuso a los tepehuanes la instalación de una escuela federal. Sin embargo, los indígenas de esta comunidad se rehusaron a la creación del plantel. El misionero los calificó de fanáticos y reacios por esa decisión, pero atribuyó sus actitudes a experiencias pasadas. En uno de sus informes señaló que los tepehuanes rechazaban el ingreso de cualquier persona ajena a su comunidad debido a que antes ya habían sido “víctimas de engaño de muchos aventureros que hipócritamente les han ofrecido bienes, no teniendo otro fin que el de explotarlos”.¹⁴

A pesar de la respuesta inicial, el misionero permaneció en la comunidad durante algún tiempo. Finalmente se vio obligado a retirarse cuando, según su propia descripción, los indígenas pasaron de mostrarse “reacios” a abiertamente “hostiles”. Hernández, además, informó que todos los centros indígenas de esa región mostraban la misma actitud, por lo que sugirió trasladar el proyecto de

12. *Ibid.*, serie Fundación de escuelas, 1922, caja 4, exp. 33, f. 2.s

13. *Ibid.*, serie Nombramientos, caja 4, exp. 27, f. 32.

14. *Ibid.*, f. 21.

15. *Ibid.*, f. 22.

16. AGN, AHSEP, fondo Departamento de Educación y Cultura Indígena, serie Nombres, caja 30, exp. 32, ff. 202-213.

17. *Ibid.*, ff. 32-34

18. *Ibid.*, serie Fundación de Escuelas, caja 54, exp. 4, ff. 216-217.

19. *Ibid.*, caja 30, exp. 32, f. 163.

la SEP a comunidades que sí fueran “susceptibles al progreso”.¹⁵

En agosto de 1922 fue trasladado a Etzatlán, en la región Valles de Jalisco, pero su experiencia ahí tampoco fue muy exitosa; aunque bien recibido por los indígenas, fue mal visto por otros actores locales, que constantemente obstaculizaron sus esfuerzos por establecer escuelas. Como resultado, la SEP determinó asignarlo nuevamente al norte de Jalisco.¹⁶

El segundo intento

En enero de 1923 Diego Hernández regresó a la región norte. En esta segunda ocasión enfocó su labor principalmente en los municipios de Totatiche, Villa Guerrero y Santa María de los Ángeles, debido a la mayor concentración de población indígena.¹⁷ No obstante, también promovió iniciativas para tratar de mejorar las condiciones educativas en el resto de la región, por ejemplo, con frecuencia solicitó permiso para intervenir en las escuelas estatales, ya que se encontraban en un “deplorable estado” y no tenían conocimiento de las ideas de progreso que se enseñaban en los planteles federales.¹⁸

En ese mismo 1923 se acercó nuevamente al poblado de Temastlán, en Totatiche, y en esta ocasión sí logró crear una Casa del Pueblo. Sin embargo, al poco tiempo tuvo que ser clausurada porque los vecinos crearon escuelas particulares, lo que provocó que el plantel de la federación se quedara sin asistencia.¹⁹ Aunque estas acciones no fueron un ataque directo a la escuela federal, sí dejaban muy claro su rechazo.

En octubre, el misionero dio nuevos indicios de que la política escolar de la federación no era vista con buenos ojos. En el informe señaló que su labor era muy difícil ya que “la ayuda de los vecinos cuando no es nula, es de estorbo, dado los prejuicios tan arraigados que tienen para la escuela

nueva”.²⁰ Un año más tarde volvió a señalar que los profesores debían andar “como en cacería”, detrás de los campesinos e indígenas debido a que se rehusaban a asistir a la escuela.²¹

En noviembre de 1924, a partir de nuevas observaciones, el misionero informó que la Iglesia era la responsable de numerosas muestras de oposición. Señaló específicamente que un sacerdote de Villa Guerrero estaba en contra de la enseñanza de trabajos agrícolas y la formación de cooperativas, por esa razón hacía propaganda contra las Casas del Pueblo y amenazaba con excomunión a todos los padres que llevaran a sus hijos a dichos establecimientos. Las escuelas federales, decía el cura, eran un “centro de perdición eterna de las almas”. Su influencia sobre la población era tan fuerte que la Casa del Pueblo Patahua tuvo que cerrar por quedarse completamente sin alumnos.²²

La propaganda del cura también afectó a la Casa del Pueblo Bajío, ubicada en Villa Guerrero. En este caso, los rancheros suspendieron los trabajos de construcción del local escolar, los cuales habían sido iniciados antes por instrucciones del misionero. Sin embargo, los vecinos se detuvieron porque el sacerdote logró convencerlos de que ese proyecto era “sumamente malo” y que ahí se enseñarían cosas contrarias a la religión católica.²³

En medio de sus esfuerzos, Diego Hernández no sólo enfrentó expresiones de rechazo, sino también limitaciones materiales como el mal estado de los caminos, las largas distancias entre poblados, la falta de recursos escolares y la dificultad de encontrar edificios con buenas condiciones estructurales e higiénicas para la instalación de las escuelas.

El gobierno federal, por su parte, exigía constantemente mejores resultados, pero no aportaba los recursos suficientes. Muchos maestros tuvieron que trabajar durante meses sin recibir un solo peso de su sueldo.²⁴ El misionero también sufrió dificultades similares. Una de sus funciones era visitar cada

20. *Ibid.*, caja 54, exp. 4, ff. 40-41.

21. *Ibid.*, ff. 37-38.

22. *Ibid.*, ff. 43, 49.

23. *Ibid.*, f. 49.

24. AGN, AHSEP, fondo Departamento de Educación y Cultura Indígena, serie Fundación de Escuelas, caja 30, exp. 32, ff. 102.

25. *Ibid.*, f. 36.

26. *Ibid.*, caja 54, exp. 4, ff. 126-127.

27. *El Informador*. Guadalajara, 3 de julio de 1923, p. 6.

28. *El Informador*. Guadalajara, 26 de mayo de 1923, p. 6.

29. AGN, AHSEP, fondo Dirección General de Misiones Culturales, serie Escuelas Normales Rurales, caja 44914, exp. 23, f. 2.

localidad de la región norte, pero debido a las largas distancias debía rentar caballos, pagar comida y alojamiento, gastos que salían de su propio bolsillo. Las autoridades decían no tener recursos para los viáticos, pero aseguraban que el patriotismo era motor suficiente para que los misioneros hicieran sus recorridos.²⁵

Otra dificultad en este contexto fue la incompatibilidad entre las labores agrícolas y el rígido calendario que imponía la SEP. El misionero informó que en tiempos de lluvia las escuelas quedaban vacías, ya que los niños ayudaban en el trabajo del campo. Para adaptarse a esta dinámica, Hernández sugirió abrir un periodo vacacional especial, pero su solicitud fue rechazada e incluso las autoridades educativas le exigieron aumentar la asistencia a la brevedad posible.²⁶

Los primeros logros del proyecto educativo

Las experiencias que el misionero fue adquiriendo en la región norte le ayudaron a reconocer que, para incorporar las escuelas a las comunidades rurales, era necesario establecer nuevas formas de diálogo con los diferentes actores locales.

Para lograr una mayor aceptación de la política educativa federal, el misionero intentó generar vínculos con la población. Participó de manera activa en los eventos realizados por las escuelas estatales,²⁷ trató de que la comunidad incluyera a los maestros federales en las festividades locales,²⁸ y organizó fiestas donde procuró crear un acercamiento entre los profesores de la federación y los habitantes de la región.²⁹

En noviembre de 1923, el norte de Jalisco tenía ya 12 Casas del Pueblo. Algunas escuelas comenzaban a recibir la colaboración de los vecinos y padres de familia, quienes además de acudir a las clases, ayudaban con donativos en moneda, aportaban materiales o contribuían con su fuerza de

trabajo para la adaptación o arreglo de los locales escolares.³⁰

De acuerdo con lo establecido en la política educativa, los maestros promovieron proyectos para el beneficio de la comunidad. Se emprendieron campañas de vacunación, se crearon espacios para el cultivo y cría de animales y se arreglaron caminos para poder conectar a una población con otra.³¹

Mediante las iniciativas anteriores se buscaba que la comunidad observara los beneficios de la escuela federal; como resultado algunas poblaciones se fueron apropiando de las propuestas escolares. Como ejemplo, en la Casa del Pueblo “El Fraile”, ubicada en el municipio de Santa María de los Ángeles, se inició el proyecto de compostura de caminos, actividad a la que los vecinos dieron continuidad, incluso sin la presencia del misionero.³²

En otros poblados, la comunidad cuidaba los espacios productivos creados por iniciativa de la escuela federal, como en la localidad La Cementera, municipio de Totatiche. En su paso por la escuela, Diego Hernández Topete encontró que el corral que había creado en una visita anterior ya mostraba progresos. Además, otra señal de la buena disposición de la comunidad es que habían aceptado usar los productos del corral para comprar nuevos utensilios que servirían a la escuela.³³

En 1924 el gobierno encabezado por Plutarco Elías Calles dio un nuevo impulso a la educación rural e invitó a que las escuelas no limitaran sus esfuerzos solamente a los indígenas, sino que procuraran la participación de la población campesina en general.³⁴ Para lograr una mejor cobertura educativa, en 1925 se crearon 962 escuelas rurales en todo México.³⁵

El estímulo a la educación se hizo visible también en el norte de Jalisco. Como ejemplos del crecimiento escolar, se mencionan enseguida tres casos del municipio de Colotlán: las escuelas de Canoas, Sauz Tostado y Tulimic.

30. *Ibid.*, fondo Departamento de Educación y Cultura Indígena, serie Fundación de escuelas, caja 54, exp. 4, ff.142-143.

31. *Ibid.*, f. 30.

32. *Ibid.*, f. 142.

33. *Ibid.*, f. 61.

34. José Manuel Puig Casauranc. “Cómo y por qué son así nuestras escuelas rurales”. *El sistema de escuelas rurales en México*. México: SEP, 1927, pp. 17-26.

35. Pedro Castro Martínez. “Educación para el campo durante la presidencia de Plutarco Elías Calles 1924-1928”. *Polis: Investigación y Análisis Sociopolítico y Psicosocial*. México, vol. 11, núm. 1, 2015, p. 16.

36. AGN, AHSEP, fondo Dirección General de Educación Primaria en Estados y Territorios, serie Escuelas Normales Rurales, caja 38257, exp. 7, f. 2.

37. *Ibid.*, caja 38256, exp. 46, f. 1.

38. *Idem.*

En estas escuelas el trabajo no era fácil. Los espacios escolares todavía eran muy precarios, aún no había materiales suficientes y persistía la oposición de algunos actores. Tales carencias incidieron en el lento el progreso de las escuelas, pero no detuvieron el avance de las mismas, como veremos enseguida.

En junio de 1926 se reportó que la escuela de Canoas tenía una matrícula de 109 estudiantes. Para esa fecha el plantel contaba con un taller de carpintería, un gallinero y un huerto del que se obtenía lechuga, chile, frijol, rábano y col. El huerto funcionaba gracias a que los adultos proporcionaban herramientas para la siembra, mientras que los niños ayudaban al cuidado del cultivo. De acuerdo con las observaciones del inspector, en esta escuela la maestra era una pieza clave para lograr la participación de la comunidad, ya que era una joven con mucho entusiasmo que se había ganado el cariño de los habitantes del rancho.³⁶

La escuela de Sauz Tostado, por su parte, tenía una inscripción de 81 alumnos durante el mes de mayo de 1926. Además de la inscripción alta, la participación de la comunidad se percibía por el apoyo que brindaba para el mejoramiento del plantel escolar. Según los informes, la escuela había comenzado a trabajar en un local con muy malas condiciones, sin embargo, los padres de familia y vecinos acopiaron recursos para la construcción de un nuevo espacio. Así, ocho meses después de su creación, la escuela ya contaba con huerto, gallinero, un taller para la fabricación de cestos de paja y se había conformado un comité pro-educación.³⁷

En Tulimic la escuela federal también tuvo buena respuesta. En mayo de 1926 tenía 76 estudiantes registrados. Además, la escuela estaba trabajando en un local nuevo, lo que reflejaba la buena disposición de la comunidad para proporcionar un espacio adecuado.³⁸

Estos tres casos de Colotlán son representativos de la manera en que las comunidades se fueron apropiando de la política educativa. La aceptación hacia ella no sólo se refleja en la inscripción escolar, sino también en la disposición para facilitar o adecuar locales escolares y participar en la creación y el cuidado de los espacios productivos promovidos por la SEP, como huertos, corrales y talleres.

A manera de cierre

La incorporación de las escuelas federales a la región norte de Jalisco no fue un proceso sencillo. Los representantes de la SEP se enfrentaron a tradiciones, dinámicas de trabajo y creencias que incidieron en la forma en que se desarrolló el proyecto escolar. La escuela, por lo tanto, no se recibió de forma pasiva, sino que los actores locales reaccionaron y convivieron con ella a partir de sus usos y costumbres.

Las comunidades indígenas, por ejemplo, mostraron desconfianza hacia las personas ajenas a su cultura, lo que dificultó la instalación y permanencia de las Casas del Pueblo. Por otro lado, la Iglesia católica se erigió en una de las principales fuerzas de oposición y, dada su influencia sobre los habitantes de esta región, logró que varias escuelas fueran rechazadas.

Las condiciones materiales también limitaron el avance del proyecto. Aunque las autoridades educativas exigían ver progresos, no siempre proporcionaron los recursos suficientes, por lo que las escuelas federales tuvieron que trabajar con pocos materiales e incluso sin paga para los maestros.

Asimismo, la falta de comprensión de la SEP hacia las dinámicas familiares y laborales limitó las posibilidades de crear mejores acuerdos con la comunidad. La inflexibilidad que mostraron las

autoridades no contribuyó a mejorar la asistencia, sólo provocó que las escuelas se mantuvieran vacías en el temporal de lluvias.

A pesar de los múltiples retos que surgieron durante el proceso, se lograron avances importantes. En ellos, el misionero de la zona y los maestros desempeñaron un papel clave. La manera en que supieron acercarse a la comunidad, escucharlos y ganarse su confianza, como el caso de la maestra de Canoas, permitió que los habitantes mostraran mejor apertura hacia la escuela.

Por otro lado, las fiestas locales representaron un espacio vital de convivencia, ya que permitieron crear mejores lazos entre los representantes de la SEP y los miembros de la comunidad. Asimismo, los proyectos comunitarios fueron significativos porque permitieron atender las problemáticas específicas de la comunidad, como la reparación o apertura de caminos, una necesidad apremiante para los pobladores del norte.

Los expedientes escolares sugieren que, a partir de 1926, diversas comunidades empezaron a participar de manera activa con la escuela y a colaborar con las actividades promovidas por esta, como es el caso de los planteles que se instalaron en el municipio de Colotlán. Este panorama cambiaría de manera radical a partir del estallido de la Guerra Cristera, sin embargo, esas experiencias son parte de otra historia.